

EL ALMA FEMENINA EN LA OBRA LITERARIA DE CERVANTES

JOSE MIRANDA CALVO

Numerario

Una vez más, parodiando el sin número de trabajos, conferencias y ensayos, que vienen dándose con motivo del IV centenario de la aparición pública de la parte inicial del Quijote, nos permitimos evocar y repetir las conocidas estrofas de Rubén Darío:

escúchame y perdona, si atrevido
celebrando el glorioso aniversario
lo mismo que otros muchos, he venido
a echar mi cuarto a espadas....literario.

Tratando de espigar entre los diversos aspectos que se condensan en el significativo entramado caballeresco y novelado de la obra cervantina, con su innegable fondo moralizante, nos llama poderosamente la atención la riqueza expositiva de las figuras femeninas con la diversidad de sus reacciones y caracteres, cuyo desfile en número mayor de 200, de las cuales 39 aparecen dentro del Quijote, nos depara auténtica sorpresa por la riqueza en la afirmación de los derechos de la mujer en proporción a su tiempo.

De ahí que nos preguntemos:

¿Cabe deducir de tan gran número el íntimo conocimiento de Cervantes respecto al ser y sentir de la mujer en su época?

O, por el contrario, ¿nos presenta las distintas figuras para adecuar el comportamiento a sus propios pensamientos moralistas?

¿Cabe incluso calificarle de feminista a tenor de cuánto expone en boca de sus principales figuras femeninas?

De todos es sabido la sempiterna complejidad y misteriosos entresijos del alma femenina, con su hondura psicológica y riqueza humana unida a su acusada sensibilidad y delicadeza por encima de la evolución de los tiempos. Cervantes, al igual que es de universal apreciación, analizó y pormenorizó sus cualidades una a una.

Resulta, en verdad, algo insólito que podamos constatar en Cervantes su conocimiento de las diversas actitudes y reacciones de las féminas, cuanto tan escaso tenemos de la suya, ya que, del conocimiento inicial de sus andanzas como soldado por tierras italianas solamente se desprende a grandes rasgos tuviere solamente la vida alegre y ligera que se vive en campaña, a sabiendas de que el contacto con la muerte en combate puede anticipar el colofón final de su existencia.

Por variados que fueran los ambientes, mesones, tabernas, paradores y ventas que frecuentara, así como sus alternes, vivencias y aventuras que conociese desde Marsella a Roma y desde Venecia a Nápoles, así como en menor escala

sobre las arenas africanas, no observamos en absoluto prendieran y dejaran sus mujeres huellas significativas en el espíritu y obra cervantina, dada su modesta relevancia social.

Años más tarde, el propio Cervantes, al referir la poca estima que se tenía de los modestos hombres de armas, lo recordó con la siguiente letrilla en su entremés “La guarda cuidadosa”:

Siempre escogen las mujeres
Aquello que vale menos
Porque excede su deseo a cualquier merecimiento.
Ya no se estima el valor,
Porque se estima el dinero,
Pues hasta un sacristán prefieren
A un roto soldado lego.
Que es solo en los años viejo.
Y se halla sin un cuarto
Porque ha dejado su Tercio.

No acertamos, pues, ver en Cervantes al hombre experimentado que descubriera y conservara los efluvios de esa serie de mujeres que por su recia personalidad, influencias, reacciones y calidad de sentimientos, imprimen honda huella en el ánimo del hombre y cuyos reflejos pudiera Cervantes dejar marcados en su obra literaria.

Consecuentemente, entendemos, que Cervantes en este gran teatro del mundo que es la vida, entre la soledad y el silencioso desdén que encontró en sus fallidas peticiones de

mejora social, puso en acción sus excepcionales dotes de observación, análisis, imaginación creadora y reciedumbre moral, para llegar a perfilar los diferentes tipos, conductas y situaciones de las distintas mujeres teatralizadas en sus obras, plasmadas en auténtico canto de Amor con sus distintos matices. Entendemos, incluso, que nos descubre ese maravilloso sentimiento que existe en el ser humano, cual es su capacidad de atracción y de amor hacia el resto.

Cervantes, junto al trazo y perfiles sentimentales de sus diversas figuras femeninas, esbozó, incluso, en su obra inicial “La Galatea”, una especie de teoría o filosofía del amor en los diálogos de sus personajes, cuyo comienzo entre su partidario y el opositor, dice así:

es el amor principio del bien nuestro
 medio por do se alcanza y se granjea
 el más dichoso fin que se pretende.
 En fin, amor es vida, es gloria, es gusto,
 seguidle luego, que seguirle es justo...

contrarrestado de inmediato por el contrario, afirmando:

amor es fuego que consume el alma
 blanco a do se encaminan los deseos
 querer que nunca sabe lo que se quiere...
 Ese es el Amor. ¡Seguidle, si os parece!

quien, tras el convencimiento de su error y bondad del amor, le lleva a rectificar, exclamando:

Dulce amor, ya me arrepiento
de mis pasadas porfias.
Sé que puedes cuanto quieres,
y que quieres lo imposible,
sé que muestras bien quién eres
en tu condición terrible,
en tus penas y placeres.

La heterogeneidad de figuras y situaciones transcritas en sus obras, responden, no obstante, a concepciones de pensamiento harto diferentes, puesto que en su inicial obra, *La Galatea*, impera el ambiente pastoril, rústico y bucólico en suma, que en aquella época se consideraba como modo de vida perfecta y pureza de costumbres naturales, en el que, entremezclando prosa, poesía y algunas Eglogas teatralizó las escenas amorosas de las 26 parejas de pastores y doncellas, siempre presididas en sus posiciones del alma por una moral exquisita con sus aditamentos de lealtad y honestidad en las relaciones como ejemplo de conducta idónea en el orden sentimental.

En esta obra nos refleja meridianamente el ideal que anida y sustenta en su corazón: el Amor. Amor a nuestro juicio, entendido como quinta esencia íntima de la vida entre hombres y mujeres, en cuyo sentimiento debemos encontrar la fuente de nuestra propia exigencia para ser mejores como norma de conducta sentimental. Así nos lo recuerda Cervantes con ésta letrilla:

Merece quien en el suelo
en su pecho amor no encierra
que lo desechen del cielo
y no lo sufra la tierra.

El amor es infinito
si se funda en ser honesto
y aquel que se acaba presto
no es amor, sino apetito.

En el Quijote, por el contrario, aún siendo la obra que mejor refleja su concepto del Amor en la sinfonía de vida de sus personajes, con sus complementarios aspectos de belleza, celos, tentaciones, infidelidades, etc., olvida totalmente las estampas bucólicas dando paso a la intencionalidad irónica y crítica en las conductas de sus personajes para poder conseguir su mayor y mejor perfeccionamiento con nuevas y más amplias miras.

Así mismo encontramos en el Quijote mayor intensificación de modos e ideas más progresistas para su época, no dudando en reivindicar amplias dosis de comprensión y derechos de libertad de criterio y decisión para la mujer, incluso con razonable tolerancia para sus debilidades, criterios anteriormente iniciados en la Galatea, contrariamente a los más radicales sostenidos por Calderón de la Barca, Lope de Vega, y Quevedo, si bien no duda en aconsejar no se debe sobrepasar en los intentos de seducción, al decirnos:

Es de vidrio la mujer,
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar,
porque todo podría ser.
Y es más fácil el quebrarse
y no es cordura ponerse
al peligro de romperse
lo que no puede soldarse.

El Amor en la Galatea, ciñéndonos a su primera obra, es un deseo de belleza, no sólo de la corpórea en la mujer que se mira siempre con los ojos de los sentidos, sino de la incorpórea, es decir, la que trata de descubrir sus cualidades morales que se miran con los ojos del entendimiento.

Cervantes, textualmente por boca de Sancho nos dice “que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra la del cuerpo. La del alma campea y se muestra en la honestidad, en el buen proceder, en la buena crianza, en la delicadeza, y cuando se pone la mira en ésta hermosura y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu”.

Los amores que se describen en dicha obra son amores soñados, si bien, Cervantes, a nuestro juicio, los humaniza estrechamente llevándoles a la conciencia de sus personajes para contactarles con la realidad, puesto que al fin y a la postre es ésta la que se encarga de deshacer los ensueños.

En esta su primera obra, entremezclada casi con su

recién estrenado matrimonio, entendemos que las reflexiones que se diera en su deambular solitario y silencioso por aquella aterrada y barbecha tierra de Esquivias, en cuyo final encontró las riberas del Tajo, ese río cartero de la Historia que como un D. Juan del agua con su marcado rigodón de sucesivos meandros viene enamorando vegas y lugares hasta llegar a Toledo, dónde se estrecha y alarga como las figuras místicas del Greco apretando sus carnes con el cilicio de las piedras de sus orillas, Cervantes imaginó en sus vegas la sosegada vida sentimental de pastores y doncellas, toda vez que la soledad y el silencio estimulan la luminosidad imaginativa para mejor cantar y transmitirnos el más limpio ideal íntimo del hombre: el Amor.

Ese Amor que crea, recrea, y llena nuestra imaginación, al propio tiempo que a veces nos angustia y entristece al fundirse sus gozos y sufrimientos, sus esperanzas y frustraciones.

De ahí, que ante esta amarga realidad, nos diga:

“Donde existe Amor, hay dolor”

Esta alegría y exaltación del Amor, Cervantes la explica y recita diciendo:

en áspera, cerrada, oscura noche,
sin ver jamás el esperado día,
y en continuo crecido amargo llanto,
ajeno al placer, contento y risa,
merece estar, y en una viva muerte,
aquel que sin amor pasa la vida.

Sus meditaciones sobre el Amor y conductas cobran en la Galatea su más alta dimensión de delicadeza y ternura entre sus personajes, dentro de la variedad de caracteres y situaciones de los mismos.

Como muestra reveladora de las distintas figuras femeninas sobre las que Cervantes proyectó su sentir y distintas reacciones amorosas, exponemos sucintamente las presentes como representación del pensamiento cervantino en ésta su primera obra, dada la imposibilidad de su exposición total.

Es Galatea, la pastora principal del grupo, el prototipo de atracción femenina del contorno, por su encanto, discreción, posición social, entendimiento, adoración por el resto de todos los conocidos, etc., la que al verse tan admirada y requerida de amores por sus galanes, de cuya generosidad y pureza de intenciones no duda, se muestra orgullosa de sí misma, con fuerte convicción ante la vida, simplemente comprensiva por las lisonjas que escucha sin ofrecer respuesta alguna, maestra en ese sutil juego que parece alimenta esperanzas sin concesión de seguridad alguna, manteniéndose siempre a distancia en esa frontera zigzagueante e imprecisa del comienzo del amor contenido y la profunda estima o amistad.

Tratando de justificar ante propios y extraños su habitual inhibición basada siempre en exquisita cortesía con el afán de herir lo menos posible, sintetiza su proceder diciendo:

Afuera el fuego, el lazo, el yelo y flecha
de amor, que abrasa, aprieta, enfría y hiere,

que tal llama mi alma no la quiere
 ni queda de tal ñudo satisfecha.
 consuma, ciña, yele, mate; estrecha
 tenga otra voluntad cuándo quisiere
 que por dardo o por nieve o red, no espere
 tener la mía en su calor deshecha.

Cervantes, pues, nos presenta ya en la personalidad de Galatea el espejo de independencia de acción que recaba para la mujer, sin otro dictado que el de su corazón, pues el Amor exige armonía conjunta, es un derecho propio y no un deber impuesto.

La habitual indiferencia de conducta de Galatea se verá truncada al conocer los designios de su padre al querer desposarla con un forastero de mejor condición social, constituyendo tardíamente el revulsivo de su reacción lanzando al aire sus lamentaciones:

¿A quién volveré los ojos
 en el mal que se apareja
 si, cuándo mi bien se aleja
 se acercan más mis enojos?

Severo padre ¿qué haces?
 mira, que es cosa sabida
 que a mi me quitas la vida
 en lo que a ti satisfaces.

Recuperando el ánimo y su inclinación interesada hacia el galán más preferido, no duda en enviarle su misiva a través de su amiga Mauricia, diciéndole en primer lugar, a guisa de excusa por su indiferencia anterior, "...bien sabes quisiera verme en otro punto para pagarte algo de lo mucho

que conozco te debo”...dando paso de inmediato a su petición de urgente ayuda, puesto que “...poco tiempo te queda para aconsejarte, aunque a mi me quedará harto para arrepentirme”.

El final nos lo dejó Cervantes inacabado en esta su primera parte de la obra, ya que la posterior nunca se escribió, dejándonos en suspenso, si bien se aprestó a realzar la fidelidad de amor y valentía del galán, quien, tras contestarla por el mismo conducto, dijo “ya que el cielo os ha movido a acordaros de mi y a escribirme, me dará valor para mostrar que en algo merezco la merced que me habéis hecho” acudiendo con el auxilio de sus amigos para presentarse ante la casa del padre dispuesto a impedir, por razones o por fuerza, la marcha de Galatea.

Las consideraciones de Cervantes respecto a esta interesada y tardía llamada, revelan su comprensión y benevolencia hacia la mujer, admitiendo que su anterior postura dé paso a ésta otra marcadamente egoísta para salvar su situación.

Frente a la frialdad o indiferencia, más o menos calculada y sentida de Galatea, aparece en contraposición el tipo y figura de la doncella ingenua, gozosa y exultante ante la alegría de su amor, la llamada Teolinda, proclamando por doquier sus ilusiones en la seguridad de su perennidad, diciéndonos:

<p>Dos cosas hay en amor con que su gusto se alcanza, deseo de lo mejor y es la otra la esperanza que pone esfuerzo al temor.</p>	<p>Si el deseo desfallece cuándo la esperanza mengua, al contrario, en mi parece que cuándo ella más mengua más tanto él se engrandece.</p>
---	---

Llevada de su ingenuidad y seguridad en la sinceridad de su galán, y conoedora de los excesos verbales de algunos pastores inclinados a relatar entre sus grupos anticipadas conquistas, no duda en tratar de refrenar dichas locuacidades, advirtiéndoles:

Es ya caso averiguado
que no se puede negar
que a veces, pierde el hablar
lo que el callar ha ganado.
Y, el que fuere enamorado,
jamás se verá en aprieto
si fuere honesto y discreto.

Desgraciadamente, el triste contraste de su seguridad amorosa vendría a sorprender a Teolinda por el error de su amado al confundirla con su hermana gemela, Leonarda, de extraordinario parecido, pues, si bien ésta inicialmente le rechaza motivando su intento de suicidio por considerarse engañado, originó que ambas se lanzasen en su búsqueda, encontrándole nuevamente Leonarda y confundiéndola otra vez con Teolinda sellaron su matrimonio ante la desesperación de Teolinda que huye del lugar por no ver a su hermana gozar del derecho que se la debía.

De ahí, su amarga canción de despedida:

Sabido he por mi mal adónde llega
la cruda fuerza de un notorio engaño,
como Amor procura, con mi daño,
darme la vida que el temor me niega.

Ya la esperanza es perdida
y un solo bien me consuela
que el tiempo, que pasa y vuela,
llevará presto mi vida.

La nostalgia del amor perdido sublimado con su sacrificio íntimo por la felicidad de su hermana, la lleva finalmente a mantenerse huída, si bien consolándose a sí misma, repitiendo imaginariamente:

“Ven bien mío, que yo soy la verdadera Teolinda, que más que a sí misma te quiere y te ama”.

Hémos, pues, aquí, ejemplarizada la grandeza de la renunciación.

El trazo más vigoroso y trágico a su vez que encontramos en las féminas de la obra, corresponde a la muerte de la bellísima Leónida, cuyos amores con Lisandro tropiezan con la enemiga existente entre sus familias, si bien dichos rencores no hacen mella en la feliz pareja dada su firmeza de convicciones que mantienen facilitada por la correspondencia amorosa a través de su leal amiga, Silvia, cuya conducta ennoblece su personalidad.

Con el fin de casarse secretamente deciden que Leónida quede depositada en casa de unos parientes, mediante su conducción por un amigo de su hermano cuyo odio y celos por el amor de Leónida que nadie conoce viene disimulando con el disfraz de su amistad.

A través de complicada trama, dicho personaje urde el asesinato de Leónida, afirmando engañosamente que es Silvia la que huye con su amante, siendo pues, Leónida acuchillada, presentándose una patética escena al llegar Lisandro y acoger en sus brazos a Leónida recibiendo “su postrer beso con el deseo de que Dios le diera larga vida y a ella la deje gozar el reposo que en ésta no pudo”.

Esas fueron sus palabras finales, como ofrenda de su amor impoluto hacia Lisandro, que, una vez conocidos los pormenores del suceso lleva a cabo la consabida venganza.

Junto a estas figuras, Cervantes entremezcla de manera más clara otras en las que apunta su pensamiento progresista respecto a la libertad de decisión de la mujer así como su capacidad de iniciativa amorosa.

¿Cómo no evocar la intrepidez de Lisinda, quién ante la timidez de su galán en confesarle su amor, no duda en alentarle, diciendo:

“es simplicidad y flaqueza dejar de descubrir su pensamiento a quién se le causa, pues mal puede remediar nadie la necesidad que no llega a su noticia” siendo ella la que toma la iniciativa?

¿Cómo igualmente, silenciar el convencimiento de Nisida al afirmar que nada se resiste ante el verdadero Amor con su entrega voluntaria al amado, diciéndonos:

bien puse yo valor a la defensa
del dulce encuentro y amoroso asalto...
bien levanté mi presunción en alto
más fue tan reforzada y tan intensa
y mi poder tan falto,
que sin cogerme amor de sobresalto
me dio a entender su potestad inmensa.

Delineando estos pensamientos progresistas cervantinos referidos a la libre decisión de la mujer, añadimos estos soliloquios de Belisa que exclama:

Si es insufrible dolor
tener en prisión cautiva
el cuerpo libre de amor,
¿no será pena mayor
tener el alma cautiva?
Vaya, pues, mi sano intento
lejos de este desvarío;
Huya tan falso contento
rija a mi libre albedrío
a su modo el pensamiento.

Si a lo largo de las estampas anteriores, vemos que Cervantes independientemente de la ortodoxia moral que pre-

side su trama novelada, ha comenzado a esbozar los principios de responsabilidad y libertad de decisión de la mujer en oposición a la intransigencia calderoniana, será posteriormente en el Quijote y demás obras menores donde exponga su criterio más acorde al reconocimiento y repeto de la condición de la mujer, en claro anticipo de siglos.

Transcurridos 20 años desde la publicación de *La Galatea*, Cervantes, si bien pródigo en seguir escribiendo aunque remiso en publicarlo, al fin, saca a la luz la parte inicial del Quijote amén sucesivamente del resto de sus obras, con el desfile de sus nuevas figuras femeninas: Teresa Panza, Marcela, Maritornes, Dorotea, Luscinda La Gitanilla, El Ama, Antonia Quijano, Aldonza Lorenzo, Auristela, etc., todas ellas como damas del cortejo de la sin par Dulcinea del Toboso.

Como dijimos anteriormente, frente al amor cortés de los personajes de *La Galatea*, preside en el Quijote, junto a la crítica irónica de sus figuras, el amor real con sus maduras manifestaciones de rebeldía e independencia de acción de la mujer, trastocando por completo los papeles de las mujeres expuestos en la novela pastoril.

Es, precisamente, en el Quijote donde a nuestro juicio aparecen mejor y más nítidamente perfiladas las figuras femeninas idealizadas en el pensamiento cervantino, divididas en dos grupos: uno, el sencillo, aldeano, hogareño, nada ambicioso y recatado, personalizado en Teresa Panza y Aldonza Lorenzo, y el otro, formado por mujeres independientes, de-

cidas, entrometidas e incluso burlonas, todas ellas seguras de sí mismas y sobre todo astutas en su afán de conseguir sus fines amorosos, como son Marcela, Dorotea, Luscinda, Ana Félix, Altisidora, etc., sublimadas todas ellas por la gran ficción de Dulcinea como personificación de la carencia y el deseo.

Sus disertaciones sobre el amor, ya que el primer enamorado es el propio Cervantes de sus personajes como natural creación emanada de lo más hondo de su existir, unido al resto de sus aspectos, tales como los celos, la fidelidad, la elección de pareja, etc., se orienta a implantar nuevos modos frente a los imperantes de la época.

De ahí, que su ideal sea que los amores aparezcan presididos como en aquellos tiempos en los que, nos dice "...las doncellas y la honestidad...andaban por dónde quiera...solas y señeras...y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad".

Al igual que en *La Galatea*, presentamos sucintamente algunas de las señeras figuras femeninas quijotescas constitutivas por su carácter, pensamientos y quehacer, de la síntesis de su visión idealizada y así ponderar debidamente tanto la imaginación creadora de Cervantes como su adelantamiento de miras respecto a su época.

En Teresa Panza, la mujer de Sancho, aparece el tipo de la mujer rústica, sencilla, práctica, sensata y laboriosa, que, desde el día de su boda se ha impuesto en el

gobierno de la casa a pesar de las protestas de Sancho contra su dictadura.

Conocedora de los entresijos de su aldea, indispensable su presencia en cualquier acontecimiento doméstico ajeno, vive pendiente de sus dos hijos, Marisancha y Sanchito, con esa felicidad sana que proporciona disponer de lo suficiente para su modesta existencia.

Acepta razonablemente la marcha de Sancho, conocedora de que su practicidad redundará en provechosa mejora y escucha escéptica las promesas de venturoso porvenir al convertirse en gobernadora de la ínsula prometida, cuya verosimilitud comenzó a percibir pasajeramente al recibir la carta de Sancho junto al envío de los vestidos de duquesa y la sarta de corales espoleando su fantasía circunstancialmente, cuyo sueño desapareció al volver el esposo desengañado y pobre a más de cansado de aventuras y delirios, por más que portase algunos dineros,

Teresa comprendió de inmediato la verdadera realidad y olvidándose de pasadas fantasías se consideró dichosa por volver a gozar su tradicional estado en su ambiente y con los suyos.

La vida volvía para ella dentro de su sacrificio con la felicidad de volver a ser la madre y esposa, henchida de dulzura y palpitante de gozo, en medio de su hogar con la naturalidad que proporciona la vuelta a sus costumbres de aldeana de corazón limpio, satisfecha en su modestia, falta de ambi-

ción y ansiosa de la estabilidad matrimonial manteniendo siempre su prudencia sin presionar al marido.

Es, a nuestro juicio, la figura completa de la mujer rural, buena, servicial, comprensiva y amante en extremo de los suyos, como muy bien hoy día cabe encontrar en muchos lugares de nuestra España.

Junto a Teresa o Juana Sancha, pues así la llama también ocasionalmente, aparece la figura de Aldonza Lorenzo como encarnación real de Dulcinea, de la que Sancho nos dice “que era labradora y moza de chapa, de auténtico pelo en pecho, y cuyo valor y decisión puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero”, dándonos así a conocer su extrema decisión e intrepidez y cuya destreza doméstica la define igualmente diciendo “que es la mejor mano para salar puerocos”.

A través, pues, de Sancho conocemos a una mujer campesina valiente, arriesgada, nada ñoña, cuya antítesis con la idealizada Dulcinea nos ofrece el contraste más acusado del mundo femenino: una, la ficción, y otra, la realidad.

Son las figuras de Marcela y Dorotea, aquellas que, a nuestro juicio, mayor énfasis puso Cervantes, independientemente del significado de su Dulcinea, en delinear sus cualidades y conductas harto diferentes una de otras.

En Marcela, considerada en extremo por su adecuada instrucción y cortés afabilidad, que la simplicidad de sus

galanteadores confundían con imaginados fingimientos para retardar su aprobación amorosa, Cervantes perfiló el auténtico símbolo de independencia decisoria de sí misma, en claro y total rechazo de cualquier otra decisión sobre su destino que no fuese emanación de su propia voluntad.

Alabada generalizadamente por su hermosura y demás prendas, es acusada de haber ocasionado la muerte de su galán, exasperado por su negativa, sosteniendo firmemente su dignidad de mujer y libertad femenina, más aún cuando por ningún concepto ha alimentado la más mínima esperanza.

Marcela, pues, ante el grupo recriminatorio reivindica su absoluto derecho a elegir a su enamorado, con estas inequívocas palabras:

...el verdadero amor ha de ser voluntario y no forzoso y no alcanzo que, por razón de ser amada esté obligada a amar a quién no amo. Yo nací libre y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos... A los que he enamorado con mi hermosura y con la vista, los he desengañado con mis palabras y si los deseos se sustentan con esperanzas y no habiendo yo dado ninguna, bien se puede decir que lo mató su porfía antes que mi crueldad... y no me llame nadie cruel ni homicida aquel a quién yo no prometo, engaño, llamo ni admito. Yo, como sabéis, tengo riquezas propias y no codicio las ajenas; tengo libre condición y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco a nadie; ni engaño a éste, ni solicito a aquel; ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro”.

Y diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna volvió las espaldas y se entró por lo más cerrado del monte.

Vemos pues, al tipo de mujer valiente, resuelta, en la que aparece hecha realidad la sempiterna verdad de que en el Amor debe haber siempre igualdad y reciprocidad de sentimientos.

Nos preguntamos: ¿Quién puede negar a Marcela la bandera de su independencia en compartir su amor?

¿Cómo no admirar el progresismo y la valentía de Cervantes lanzando a los cuatro vientos el derecho de la mujer a defender el ejercicio de su propia voluntad, haciendo caso omiso de los imperativos usuales de la época?

El tipo de Marcela representa, pues, la insumisión y la libertad, rompiendo por sí misma los consabidos matrimonios concertados por sus familiares, no siguiendo otros consejos que los de su propia razón y corazón.

He aquí, pues, un tipo de mujer ideada por Cervantes con auténtica antelación de tiempos a quién su condición femenina no impide ser dueña de sus propios actos.

Tras Marcela, Cervantes nos pinta en Dorotea la joven inteligente, cultivada, atractiva, sensata, convencida de sí misma, de cuyas cualidades nos expone contrastes humanos sorprendentes.

Dorotea, hija de pudientes labradores, prácticamente

recluida en su casa, se ve sorprendida por el hijo del noble del lugar que ante su hermosura no duda en requerirla de amores, llegando incluso a entrevistarse con ella, en su propio aposento, previo soborno de su doncella, y basándose en sus habilidades y gracejo, la hizo suya, si bien ella confiada en su palabra lo facilitó por verse descada de tan noble señor.

Cuándo el transcurrir del tiempo y la ausencia del galán la convencieron de su falsedad, al propio tiempo que la llegaron noticias de su pronto casamiento, no dudó en poner en ejecución su plan para resolver su propia vida.

Es aquí, en su brío y determinación de enfrentarse cara a cara con el autor de su deshonra, donde vemos, una vez más, la imaginación creadora de Cervantes, quién sitúa a Dorotea acompañada del pastor amante de la mujer con la que dicen se va a casar D. Fernando yendo en su búsqueda entre la esperanza o duda en conseguir recuperación.

Su transformación tras la doncellez perdida, ha hecho de ella una mujer enamorada, reconociendo la voluntad que puso en el suceso, siendo precisamente el amor la base para la recuperación de su honor. Se niega, pues, a conllevar en silencio su situación, prefiriendo la acción y la voz viva, sin tapujos ni vergüenza.

Dorotea, pues, viene a ser una variante distinta de Marcela en la ejecución de su albedrío, si bien, ambas están unidas por su sentimiento de dignidad como impulsor de sus energías.

Tras su encuentro con **D. Quijote** y aprovechando sus inteligentes dotes se presta a ser la **Princesa Micomicona** espolcando sus gustos aventureros, llegando todos a la venta donde encuentran a **Fernando** y **Luscinda**, pues este es el nombre de la supuesta desposada, quienes tras las consabidas explicaciones y aclaraciones todos se reconcilian, al comprobarse no fue válida la boda regalándose mutuamente las mayores ternezas y caricias.

Si en **Marcela** hemos visto la mujer que lucha por su derecho de amar en libertad, **Dorotea** lucha por conseguir al hombre que la ha engañado bajo promesa de matrimonio pero del que, a su vez, se ha enamorado.

Ambas son de personalidad fuerte, ingeniosas y valientes, que no se resignan a aceptar el usual estado de cosas.

Paralelamente a la figura de **Dorotea** ha de colocarse la de **Luscinda** puesto que con ella se completa la acción anterior, al ser la amada de **Cardenio**, el acompañante de **Dorotea**, con la que pretende desposarse el pretencioso **Fernando**, a quién, como hemos visto, intenta recuperar **Dorotea**.

Luscinda, en cumplimiento de la decisión de su padre, accede a su boda con el antojadizo **Fernando**, siendo pues la personalidad opuesta a **Marcela** y **Dorotea** al caracterizarse por su pasividad y obediencia, si bien huyendo posteriormente a un monasterio encerrándose de por vida para tratar de esconder su triste desventura.

Descubierto su refugio por el veleidoso galán y raptada por sus criados, llegaron a la venta donde tuvo lugar el ocasional encuentro con D. Quijote anteriormente referido con su final feliz.

La personalidad de Luscinda, si bien de acrisolada lealtad, constancia y firmeza en su amor a Cardenio, se caracteriza a su vez por la docilidad familiar al uso común, aunque su desesperación la impulsa a encerrarse en el convento al ver truncado su amor, ofreciendo un menor grado de decisión propia, es decir, siente que su amor vive pero no busca camino alguno para su recuperación.

Descartado su suicidio y carente de energía, no vislumbra otro horizonte de vida que el retiro conventual para no enfrentarse tanto con sus padres como con Fernando.

Es pues, la antítesis decisoria de las figuras anteriores, Marcela y Dorotea, mostrándonos, Cervantes, una de sus más ingeniosas creaciones femeninas en esta trilogía diferenciada, si bien poniendo todas ellas a contribución su ingenio e instrucción para remediar la situación, puesto que de las figuras principales quijotescas, todas son instruídas, siendo solo analfabetas, Teresa Panza, su hija Sanchica, Aldonza Lorenzo, la criada Maritornes y la propia Dulcinea.

Finalmente, al ceñirnos a los personajes principales, llegamos a Dulcinea, en su encarnación real de Aldonza Lorenzo, puesto que como dice D. Quijote a la duquesa al poner en entredicho la existencia de Dulcinea, ¿es dama fantástica

Dulcinea?...”en eso hay mucho que decir, Dios sabe si hay Dulcinea o no, en el mundo, o si es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo”

Dulcinea es el auténtico contraste con el resto de las mujeres quijotescas. Es el culmen de la perfección, de la belleza, de la ilusión por la que se merece vivir y morir. Dulcinea, como todos sabemos, no existe, es puro invento, solo producto de la imaginación. Toda ella es pura ilusión en contraste abierto con la pura realidad.

Es una figura incorpórea, encubierta bajo las formas rústicas de Aldonza Lorenzo, la hija de Lorenzo Corchuelo y Ambrosia Nogales, fundiéndose en ambas la ficción y la realidad.

Su retrato es el primero de mujer que se encuentra en el Quijote... “sólo sé decir, que su nombre es Dulcinea; su patria el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas; que sus cabellos son de oro, sus frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas”.

Vemos, pues, que Dulcinea es el símbolo de lo ideal y en ella se ha hecho verdadero lo falso, lo imposible en posible.

Cervantes, cuándo crea a Dulcinea mitificándola, crea el ideal que justifique cuánto hará y dirá, buscando siempre en primer lugar a la dama de sus pensamientos, puesto que “todo caballero andante sin amores es árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma”, lo que entendemos quiere decir que no hay empresa noble sin ideal y sin fé.

Dulcinea es, para D. Quijote la gloria en cuyo deseo se consume y vive muriendo, pues como nos dice Unamuno, D. Quijote amó a Dulcinea con amor acabado y perfecto, con amor que no conoce ni corre tras deleite egoísta y propio.

· Efectivamente, si en la mujer de nuestros sueños contemplamos el amor, la idea de dicho amor ha de orientarse hacia el sentimiento y el corazón, con carencia de exigencias y generosidad de ofrecimientos, pues si los sueños sueños son, también los sueños son vida.

La idealización de Dulcinea hace que veamos en su quehacer una constante evasión, ausente siempre de impunidad, seducciones o crueldades de ningún tipo, toda vez que en Dulcinea no podemos ver a la mujer de carne y hueso si no a la mujer sueño.

Si recordamos las características de las principales figuras femeninas perfiladas anteriormente, observaremos que su común denominador ha venido presidido por la problemá-

tica de su sexualidad, con su mayor o menor resignación a su situación, en tanto que para D. Quijote, Dulcinea es una figura divinizada de la que simplemente cabe, afirmarlo, pues, como nos dice "...la importancia está en que sin verla lo habéis de creer".

Entendemos que una de las enseñanzas, dentro de las múltiples que ofrece la lectura del Quijote, por encima del aspecto irónico y burlesco que realizó sobre el conjunto de la sociedad nacional en el afán de regeneración de la misma basado en el ideal de perfección humana pleno de moral y recta conducta, pasa necesariamente por el reconocimiento del pensamiento cervantino sobre la dignificación de la mujer, por su libertad de decisión, como así quedó plasmado en sus principales figuras femeninas, con la finalidad de poder gozar en mejor medida de su amor soñado.

Sinceramente creemos que las féminas de hoy en día, adalides de sus justas reivindicaciones, tienen contraída honda deuda de gratitud con D. Miguel de Cervantes, auténtico adelantado en su época, en cuya lectura de su Quijote encontrarán los antecedentes de sus postulados.

Vemos, pues, que el pensamiento de Cervantes al relatar las historias de sus mujeres analizándolas con arreglo a su criterio, tratando de moralizar a la sociedad de su tiempo dejó claramente expuesta su total disconformidad tanto respecto a la infidelidad como al adulterio, si bien rechazando el castigo calderoniano de su muerte como redención al honor, extremando su comprensión y benevolencia hacia la mujer sos-

teniendo su plena libertad para decidir su futuro, ya que el amor siempre ha de ser compartido.

El reconocimiento y admiración que Cervantes tuvo de la mujer toledana como personificación de las virtudes femeninas condensadas en la honestidad, hermosura y discreción, aparece plasmado en su toledanísima obra la Ilustre Fregona, escrita, como todos sabemos, en el antiguo Mesón del Sevillano, diciéndonos, por boca de Tomás Lope... “antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las más discretas mujeres de España y que andan a una su discreción con la hermosura”, redondeando dicha afirmación en su entremés titulado “La Entretenida”, al poner en boca del personaje Torrente ésta letrilla:

Sé cierto que decir puedo
y mil veces referillo,
que, espada, mujer y membrillo
a toda ley de Toledo.

El ideal que sigue posyendo actualidad permanente y que hacemos también nuestro, es el de que la delicadeza, gracia, honestidad, discreción, inteligencia y sensibilidad, constituyen el basamento real femenino junto a su fortaleza de ánimo para afrontar los trances dolorosos de la vida, quedándonos a los hombres saber corresponder debidamente con nuestro amor, lealtad, dedicación y respeto.

Finalmente, como recordatorio del afán quijotesco en pro de mantener los amores sinceros y leales, traemos a cola-

ción las coplillas cantadas por el propio D. Quijote acompañado de la vihuela, proclamando su fidelidad a Dulcinea, mientras se recuperaba del fingido desmayo la intrigante Altisidora tras su fallido intento de caer en sus brazos.

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio a las almas
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.

El amor recién venido
que hoy llegó y se va mañana
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.

Dulcinea del Toboso
la del alma en tabla rasa
tengo pintada de modo
que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quién hace amor milagros
y así mismo los levanta.

Pues, bien, levantados los nuestros, esperemos y deseemos que, al igual que sintiera D. Quijote, nuestros amores soñados, al despertarnos, encuentren felizmente su realidad.

